

Virgilio

# Eneida

Traducción e introducción de  
Rafael Fontán Barreiro



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1986  
Tercera edición: 2017  
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y la introducción: Rafael Fontán Barreiro  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-569-4  
Depósito legal: M. 36.384-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 9 Introducción

### Eneida

- 43 Libro I
- 69 Libro II
- 97 Libro III
- 122 Libro IV
- 146 Libro V
- 175 Libro VI
- 206 Libro VII
- 234 Libro VIII
- 259 Libro IX
- 287 Libro X
- 318 Libro XI
- 349 Libro XII

### Apéndices

- 384 Árbol genealógico
- 385 Mapas
- 389 Índice onomástico



# Introducción

## Virgilio y Homero

Homero nos enseñó definitivamente que el tiempo del héroe se reparte entre la guerra y el retorno a casa, el *nóstos*. La poesía épica, el género cuyas principales convenciones él estableció para siempre, canta lo uno o lo otro, de manera que no es sino lógico el que Virgilio reparta su poema entre las guerras de la segunda parte (su *Iliada*) y el viaje de la primera (su *Odisea*).

Eneas, hijo de Anquises y la diosa Venus, es uno de los héroes que, al acabar la guerra, salen de Troya (también llamada en el poema Dardania, Ilion, Pérgamo). Pero, a diferencia de los héroes griegos (aqueos, argivos o pelasgos) que regresan a casa, su retorno tiene algo de particular. Su huida es también en cierto modo un regreso, porque él escapa de la ciudad aún en llamas al frente de un grupo de troyanos (teucros, Dardánidas) en busca de

la casa de sus antepasados, la tierra de donde Teucro salió para fundar Troya, que ha de servirle ahora de refugio. La encontrará al fin en Italia (Ausonia, Hesperia) siguiendo las señales de los dioses y su propio destino, y logrará plantar junto al Tíber la semilla de la futura Roma. Por eso, de alguna manera su viaje es también un retorno, un *nóstos*.

*Arma y virum*. Las dos primeras palabras del libro de Virgilio establecen desde el comienzo su relación con los poemas de Homero. Virgilio quiere escribir un poema al estilo de Homero. Las armas son las de las terribles guerras que hubo de librar Eneas en el Lacio contra los latinos azuzados por la cólera rencorosa de Juno, narradas en los últimos cuatro libros del poema. La misma cólera de la diosa que les había acosado durante seis años en su peregrinar por el Mediterráneo. La Saturnia, hermana y esposa de Júpiter, demostraba así que no olvidaba –memoriosa como era– la ofensa que el troyano Paris le infligió al preferir la belleza de Venus a la suya en el conocido episodio que dio origen a la guerra de Troya.

Juno puso cuantos obstáculos pudo al éxito de los planes de Eneas tratando de conseguir la ruina definitiva de Troya y sus hijos. Quizá los más señalados fueran precisamente los que urdió por mediación de Cartago. El libro IV del poema narra los amores de Eneas y Dido, la reina de Cartago, la colonia que los tirios habían fundado en el norte de África, frente a Sicilia: el amor, la sola causa que puede hacer sucumbir a un héroe apartándole de su destino. Juno utiliza a la hermosa reina para entretener a Eneas lejos de su destino final, impidiendo así el futuro nacimiento de Roma. Venus la utiliza para que los

troyanos puedan reponer fuerzas al amparo de la generosidad de la reina. De este libro nacerá el libreto de la ópera de Purcell, una de las cumbres del barroco vocal. Y es precisamente en este episodio donde Virgilio nos pone con mayor eficacia frente a nuestro propio interior, aún hoy, planteando la disyuntiva entre el deber hacia la colectividad y el interés personal.

Cuando los contemporáneos de Augusto leían el texto, o asistían a una de las lecturas públicas del poema, y escuchaban el nombre de Cartago, sin duda les venían a la memoria las Guerras Púnicas, el conflicto que mantuvo enfrentados a romanos y cartagineses durante más de cien años. Dido lanza una profecía, un aviso, y una orden que estremecería a los lectores (IV, 621-629):

Luego vosotros, tirios, perseguid con odio a su estirpe,  
y a la raza que venga, y dedicad este presente  
a mis cenizas. No haya ni amor ni pactos entre los pueblos.  
Y que surja algún vengador de mis huesos  
que persiga a hierro y fuego a los colonos dardanios  
ahora o más tarde, cuando se presenten las fuerzas.  
Costas enfrentadas a sus costas, olas contra sus aguas  
imploro, armas contra sus armas: peleen ellos mismos y sus  
[nietos.

Los planes de Juno estuvieron a punto de cumplirse cuando Aníbal logró llegar a las puertas de Roma. Júpiter intervino de nuevo para salvarla.

En el otro lado del conflicto, la diosa Venus protegiendo los intereses de su amado hijo, a quien quería padre de una estirpe gloriosa. Tenía la diosa además su elec-

ción por Paris como la más hermosa como motivo para tener a los troyanos como su pueblo elegido; la decisión del hijo de Príamo la ponía por delante de Atenea y de la propia Juno. Venus echa por tierra con frecuencia los planes de Juno y brinda a los troyanos una salida a la situación. Una y otra vez le rescata de situaciones apuradas o le indica el camino a seguir y le da ánimos para emprenderlo, incluso le consigue de Vulcano las armas maravillosas –remedo de las de Aquiles en la *Iliada*– que permitirán a Eneas enfrentarse a Turno en el combate final.

Júpiter será el árbitro, como Zeus en la obra de Homero, de las disputas entre las diosas. Una y otra tienen ocasión de presentarle sus quejas a lo largo del poema, tratando de hacer valer sus influencias, pero de manera solemne y oficial en la asamblea de los dioses que tiene lugar en el libro IX, como resultado de la cual Júpiter decide quedarse al margen, en vista de que no es posible unir a ausonios y troyanos. «Júpiter será el rey de todos por igual. Hallarán los hados su camino.» (X, 112-113)

Y es que el destino, el hado, el *fatum*, es en realidad el determinante, y sus designios ineluctables, aunque el padre de los dioses tenga la potestad de conocerlos.

## Eneas y Augusto

Eneas derrotó a los ejércitos del Lacio, y tras pactar con el rey Latino se casó con Lavinia, su hija, que dio nombre a la ciudad de Lavinio, fundada por el héroe para instalar a su pueblo después de fatigas tan grandes. Su hijo Asca-

nio o Julio, siempre presente de una manera u otra en los versos del poema, reinó durante treinta años en la ciudad y fundó después Alba, de donde saldrían trescientos años más tarde Rómulo y Remo, hijos de la sacerdotisa Ilia (conocida también como Rhea Silvia) y el dios Marte, y fundadores de Roma. La familia de Augusto, la *gens* de su padre adoptivo y tío abuelo Julio César, se tenía por descendiente de Julio, a quien consideraban su héroe epónimo. Cuando escribe de Julio, —como cuando le hace decir a Apolo en el verso 645 del libro IX refiriéndose al hijo de Eneas: «Bravo por ese nuevo valor, muchacho. ¡Así se va a las estrellas, hijo de dioses que dioses engendrarás!»— o cuando canta la gloria del *pius Aeneas*, Virgilio está hablando del propio Augusto, y Augusto es a Roma lo que Roma al orbe, el mundo conocido. Augusto salvó a Roma como Roma salva la civilización.

Los acontecimientos narrados en el poema tienen lugar mucho antes del nacimiento de Roma. Si Virgilio quiere hablar de la Roma futura y de los personajes que habrán de encumbrarla —de Augusto especialmente, pero no solo— tiene que recurrir a algunas estratagemas o licencias. Le vienen bien los discursos de Júpiter anunciando el destino del héroe y la grandeza de Roma al principio y al final del poema, o la presentación de quienes habrán de ser personajes importantes de su historia que Anquises brinda a Eneas en su visita a los infiernos, y que culmina con la semblanza de Marcelo que tanto impresionó a Octavia, su madre y hermana del emperador.

Vale también a tal fin el recorrido por las guerras de Roma que incluye el poeta en el escudo del héroe forjado

por Vulcano, al final del libro VIII. En realidad, todo este libro está lleno de Roma, desde el momento en el que Eneas visita en busca de ayuda y consejo al rey griego Evandro, instalado en las orillas del Tíber, en el solar de lo que habrá de ser la Ciudad. Es la otra cara de la evocación de las vacas de Evandro que Propertio coloca al principio de una de sus elegías (IV, 1):

hoc, quodcumque uides, hospes, qua maxima Roma est,  
ante Phrygem Aenean collis et herba fuit;  
atque ubi Nauali stant sacra Palatia Phoebos,  
Euandri profugae concubere boues.

[Todo esto que ves, extranjero, donde está la grandeza de antes del frigio Eneas fue hierba y collado. [Roma, Y donde se yerguen los palacios consagrados a Febo Naval, pacieron libres las vacas de Evandro.]

Entre Virgilio y Propertio trazan así el arco de la historia de Roma hasta sus días, colocando al príncipe de la *gens Iulia* en su clave.

## Virgilio

Quizá desde comienzos del milenio, el territorio que bordea el lento fluir de las aguas del Po se vio habitado por grupos celtas que acudían en sucesivas oleadas de allende los Alpes. Junto al Mincio, uno de sus afluentes, en Andes, una aldea cerca de Mantua, nació Publio Virgilio Marón (*Vergilius*) el 15 de octubre del año 70 a. C. A lo

largo de esos mil años que preceden a su nacimiento, los pueblos celtas de la ribera habrían recibido diversas influencias civilizadoras y, si en su momento el elemento etrusco tuvo sin duda la fuerza que destaca Virgilio en su descripción de Mantua (*Eneida*, X, 198-203), desde los tiempos de la Segunda Guerra Púnica habían brotado ya en el territorio numerosas colonias de latinos que hicieron de esta Galia Cisalpina una región de avanzada cultura y saneada economía agrícola, tal como era durante el siglo I a. C.

*Vergilius* es un nombre gentilicio latino bien implantado en el norte y en otras regiones de Italia, y nos hace pensar que nació el poeta en una de esas familias latinas instaladas en la campiña del Po ya tiempo atrás, quizá desde la época de aquellas colonizaciones. Andando el tiempo y ya tan tarde como en los últimos años del imperio, sus lectores habrían corrompido el nombre en *Virgilius* –de donde procede el que aún hoy utilizamos para el autor de la *Eneida*– por una doble vía: de *virgo* (dado el tímido carácter que le valió el apodo griego de *Parthenias*), o de *virga* (por la varita característica de los magos, que esa fama tendría ya entonces nuestro poeta).

Su padre, aunque la tradición lo describe como de humilde origen, un alfarero o un bracero –o las dos cosas– que se habría casado con la hija de su patrón, Magia Pola, fue probablemente un *eques*, un terrateniente lo bastante rico como para preocuparse de que recibiera su hijo la mejor educación posible y prepararlo así para la carrera forense, camino seguro en la Roma de entonces hacia la lucha política.

Sus primeros años debieron de transcurrir, por tanto, en la finca de Andes, entre las labores del campo que tanto habrán de aparecer en sus obras, confiado tal vez a un *paedagogus* que cuidase de su instrucción primera. En Roma, en el año 70, Pompeyo y Craso desempeñaban su primer consulado compartido en astuta jugada política que, bajo la apariencia de liquidar la obra de Sila, trataba de asentar el poder en las manos del partido senatorial. Diez años después formarían el primer triunvirato con César, primer movimiento de una larga partida que habría de acabar con el régimen republicano. Así, la vida de Virgilio sigue paso a paso los últimos cuarenta años de esta agonía, hasta el triunfo definitivo del principado en la persona de Augusto.

Con diez o doce años se trasladó a Cremona para comenzar sus estudios. César iniciaba por esas fechas su conquista de la Galia, y hay quien afirma que leyó Virgilio sus *Comentarios* con mayor interés por haber tenido quizá ocasión de verle personalmente cuando andaba reclutando sus tropas por las ciudades de la Galia Cisalpina. Aunque era primaria la educación que recibió en Cremona (es decir, una enseñanza elemental de lectura, escritura y aritmética), no hay que perder de vista que era este el territorio donde habían nacido y comenzado a escribir parte de los *poetae novi*; temprano habría empezado Virgilio a entrar en contacto con el mundo de la literatura más refinada de su tiempo.

Parece que recibió la toga viril el año 55, y quiere la tradición que también fuera este el año de la muerte de Lucrecio. Siguiendo el camino que le alejaba de su tierra natal imperceptiblemente, marcha Virgilio a Milán a

continuar los estudios de gramática y literatura que ya habría comenzado en Cremona. Era *Mediolanum* una importante ciudad donde cabe suponer que sería fácil recibir una adecuada educación para intentar el salto final hacia Roma, donde debió de instalarse Virgilio el año 54, más o menos.

Su intención era, como la de todo romano cultivado, estudiar retórica, y parece que su padre le obligaba a prepararse para una carrera forense y política, aunque puede que este dato de su biografía no sea otra vez sino el tópico que hace con frecuencia trabajar a los poetas contra las buenas intenciones de la familia. Según alguno de sus biógrafos, frecuentó las lecciones de Epidio, quien fuera también maestro por entonces de Antonio y Octaviano, el futuro Augusto. Pero era la retórica árida especialidad para un poeta y, por otra parte, los tiempos en Roma (en el 52 Pompeyo se convirtió ya en *consul sine collega*) eran ya más de dinero y espada que de discursos. Por ello no es raro que Virgilio prefiriera dedicarse a frecuentar los restos de lo que había sido el círculo de Catulo, como muestran las amistades que por entonces habría empezado a hacer con Asinio Polión, Alfenio Varo, Cornelio Galo, Helvio Cinna y otros. A ello habría contribuido decisivamente lo que sus biógrafos describen como un fracaso en su primera intervención como abogado.

Debía Virgilio de estar en Roma el año 49, cuando estalló la guerra entre César y Pompeyo, y este hubo de cruzar precipitadamente el Adriático con buena parte del Senado. No es seguro si militó en las armas de César ni si hubo de dejarlo ya por problemas de salud. Sea como fuere, su salud, sin duda, no era buena y los acontecimientos políti-

cos de estos años debieron marcarle profundamente; por todo ello, poco después de Farsalia se marcha a Nápoles (año 48 a. C.) para estudiar filosofía con el epicúreo Sirón, director entonces del «Jardín», un hermoso círculo de filósofos y artistas que habrían frecuentado nombres importantes de la Roma de entonces, como Julio César, Manlio Torcuato, Hircio, Pansa, Dolabela, Casio, Ático y Cornelio Galo. De Cremona a Nápoles, por tanto, parece que Virgilio no dejó de estar en estrecho contacto con los círculos intelectuales más notables.

No podemos saber con seguridad si Virgilio escribía ya por estos años. De ser suyos algunos de los poemas de la *Appendix Vergiliana*, –cosa que parece dudosa a la moderna crítica– los habría escrito por entonces y pueden seguirse en ellos las influencias de aquellos *poetae novi* que pretendían poner la poesía romana tras los pasos de Teócrito y Calímaco; de esa escuela, por tanto, que se conoce como alejandrinista. Virgilio se instaló definitivamente en Nápoles, quizá recibió en herencia la pequeña finca de Sirón (antes del 41 a. C.) y, pese a que con el tiempo llegó a tener algunas posesiones en la propia Roma gracias a la generosidad de sus amigos, se hicieron cada vez más raros sus viajes a la capital del imperio.

Así pues, he aquí a Virgilio tranquilamente instalado en Campania mientras se desarrollaban los graves acontecimientos de la guerra civil que, primero, pusieron todo el poder en las manos de C. Julio César, y fueron al cabo la causa de su muerte, el 15 de marzo del 44. Sin embargo, cuando, tras las primeras disputas, Marco Antonio y Octaviano forman con Lépido el llamado Segundo Triunvirato a finales del 43, el poeta ve cómo su vida

es arrastrada en el remolino de las guerras de Roma. Y es que no podía ser de otra forma: la proscripción y el subsiguiente asesinato de Cicerón por orden directa de los triúmviros constituían todo un síntoma de que ni los más hábiles podían quedar al margen de los terribles acontecimientos. Octaviano tenía que instalar a 100.000 soldados que debían ser licenciados urgentemente, en evitación de males mayores. Toda Italia se vio afectada por las confiscaciones de tierras: la propia Campania donde vivía Virgilio, y también los campos de Cremona, su tierra natal (*Mantua uae miserae nimium uicina Cremonae*). Sus propias posesiones fueron confiscadas y hasta su padre debió instalarse en la finca de Nápoles. Puesto que sus amigos (Asinio Polión, Cornelio Galo y Alfenio Varo) pertenecían al círculo de los triúmviros, quiere la tradición que Virgilio habría logrado de Octaviano la devolución de su propiedad: no son, sin embargo, definitivos los datos que avalar pueden una afirmación como esta.

Asinio Polión fue precisamente quien animó a Virgilio a que compusiera unos poemas según los *Idilios* de Teócrito, al modo que ya había intentado M. Valerio Mesala. Las *Bucólicas* fueron publicadas poco después del 39, y su éxito superó con creces los límites de los círculos alejandrinos, siendo adaptadas con éxito como mimo para la escena. Virgilio, según sus biógrafos, las había comenzado a los veintiocho años, y parece que con ellas se vio de repente lanzado a una fama y una popularidad que no iban bien con su carácter retraído. Fue a raíz de este éxito cuando Mecenas puso a Virgilio en contacto con Octaviano, su antiguo compañero de estudios, arre-

batándoselo al círculo de Polión, amigo y aliado de Marco Antonio.

C. Mecenas era un *eques* de ascendencia etrusca, que aparece ya en los días de la guerra de Módena (43 a. C.) al lado de Octaviano. Persona de gran tacto y visión política, su influencia fue decisiva en la Roma que Octaviano quería modelar y especialmente en lo que se refiere al terreno de la literatura. Supo rodearse de un círculo de poetas que, a cambio de su amistad y protección, realizaron toda una campaña en favor de los intereses del futuro *princeps*. Virgilio, pues, fue admitido en este círculo y él mismo con Vario Rufo logró que Mecenas aceptase a Horacio. Sabemos por una *satira* (I, 5) de este último de un famoso viaje a Brindis que realizó Mecenas con lo mejor de su grupo: Virgilio, Horacio, Vario Rufo y Plocio Tuca. Por aquellos días (37 a. C.) debía celebrarse una entrevista en Tarento para reconciliar a Octaviano con Marco Antonio, y sin duda Mecenas se había propuesto impresionar al futuro enemigo con toda una corte de artistas.

Podemos pensar que fue durante el trayecto cuando convenció Mecenas a Virgilio para que compusiera sus *Geórgicas*, cuatro libros de poesía didáctica relacionada con la vida del campo. El poema de Lucrecio aún estaba reciente en todos los lectores del momento, el argumento campesino (siguiendo los pasos de Hesíodo) no podía disgustar a un autor que se había criado entre los agricultores de la campiña del Po y, por lo demás, el momento requería que los poetas cantasen sus mejores versos a la reconstrucción de Italia, la madre Italia arrasada por las guerras civiles. El empeño, por tanto, era noble, y Virgilio no se resistió a la invitación de Mecenas, a quien

luego dedicó arduosamente su poema. Se dice que debió emplear siete años en su composición y que, en una lectura ininterrumpida de cuatro días, pudo leerse a Octaviano a su regreso de Oriente en el 29 a. C.

No es extraño que el propio Mecenas intentase a continuación un salto cualitativo en su programa literario. Había que cantar ahora la figura de quien pronto ya se llamaría Augusto. Y había precedentes: Furio Bibáculo y Terencio Varrón habían puesto antes en verso las gestas de César en su conquista de las Galias, y los antecedentes de una épica nacional se remontaban hasta Ennio, y más atrás. La idea ronda ya en los primeros versos del libro tercero de las *Geórgicas*; Mecenas, sin embargo, no tenía prisa y esperaba el momento oportuno y la inspiración adecuada.

Por Macrobio sabemos de una famosa correspondencia epistolar entre Virgilio y el propio Augusto. Era el año 26, Augusto estaba en Hispania dirigiendo las operaciones contra los cántabros y desde allí reclamaba ansioso al poeta el resumen o algún fragmento de su obra. Este entonces le responde pidiéndole tiempo, que se sentía enajenado por el trabajo emprendido y «su Eneas» (*Aenea quidem meo*, dice el poeta, según su biógrafo nos lo ha transmitido) precisa aún de estudios más profundos. Podemos afirmar, por tanto, que era entonces cuando el poeta estaba empezando el trabajo que habría de ocuparle hasta su muerte, el *arma uirumque* que se disponía a cantar para mayor gloria de Roma y su príncipe. No solo Augusto, sino toda la ciudad aguardaba el poema con impaciencia, y Propercio pudo escribir en el 26 que se estaba gestando «algo mayor aún que la *Ilíada*».

Más tarde, sin embargo, Virgilio pudo satisfacer la curiosidad de Augusto, presentándole en pública lectura los libros II, IV y VI, quizá los más impresionantes. Es famosa la anécdota que nos cuenta cómo Octavia perdió el conocimiento al escuchar el panegírico de su hijo Marcelo contenido en el libro VI. El propio príncipe debió de estremecerse ante la mención de su sobrino, el joven que ya había escogido como heredero y que acababa de fallecer (23 a. C.).

En el año 19 Virgilio había provisionalmente terminado su trabajo en doce libros. Él mismo se había trazado un programa de tres años durante los que habría de visitar los lugares de Grecia y Asia en los que tantas veces aparecían sus personajes. A nuestro poeta le gustaba pulir amoroso sus versos –como lame la osa a sus crías, en comparación ya antigua– y quería una tregua para terminar definitivamente el poema. Embarcó, por tanto, y en Atenas se encontró con Augusto que volvía de Asia. Sabemos que estuvieron juntos, sabemos que el sol abrasador del verano de Mégara hizo que la salud del poeta se resintiera y sabemos que regresó precipitadamente a Brindis. Murió el 20 de septiembre y su cuerpo fue trasladado a las proximidades de Nápoles, donde recibió sepultura. Algún amigo piadoso puso en su tumba el famoso epitafio: *Mantua me genuit...*

Antes de partir para Grecia, y alarmado sin duda por una salud precaria, Virgilio había confiado su *Eneida* a dos buenos amigos, Vario Rufo y Plocio Tuca: si algo le ocurría, debían entregar ese manuscrito inacabado a las llamas porque aún no estaba terminado el poema. Augusto, sin embargo, evitó que se cumpliera ese último

deseo, y, muy al contrario, encargó a esos mismos amigos que lo publicasen sin añadir ni una sola letra, aunque podían suprimir lo que, en su opinión, no sería del gusto del poeta ya desaparecido. Y así, con sus contradicciones y sus hermosos versos incompletos, ha llegado la *Eneida* hasta nosotros.

Del físico y la personalidad de Virgilio no es mucho lo que sabemos. Era, según cuenta Donato, alto y moreno, de aspecto campesino, y así nos lo confirman los retratos antiguos que de él nos han llegado, el del mosaico de Hadrumeto y algún busto en mármol quizá de la época de Augusto. Tenía fama de tímido entre sus amigos, y es seguro que no le gustaba mostrarse en público y que prefería su retiro en Campania al ajetreo de la gran ciudad. Quizá también esto se debió a esa misteriosa enfermedad crónica que el propio Donato menciona (tuberculosis o no); al fin y a la postre, y en palabras de García Calvo, «tan solo la enfermedad es lo que hace al hombre un hombre».

## La *Eneida*

El centro de la vida de Virgilio, de los veinte a los cuarenta años, está enmarcado por el Rubicón y por los ecos de la batalla de Accio; vivió, como hemos comentado, en el torbellino de constantes enfrentamientos civiles que no llegaron a su final sino con la muerte de Antonio, el año 30 a. C. con Agripa el militar en una mano, y Mecenas el amigo de las letras en la otra, Octaviano decide entonces comenzar toda una obra de reconstrucción nacional (la «restauración de la república», decían ellos) que

debía contar con una adecuada campaña de propaganda. Mecenas estaba empeñado en que alguno de sus poetas cantase las gestas de Octaviano, y parece que probó sin fortuna con Horacio y Propercio, quienes habrían renunciado de antemano a tan ingente tarea.

También Virgilio recibió esta propuesta, y parece que se dejó llevar por el entusiasmo de la victoria y de la paz, y puso manos a la obra. Si tenemos en cuenta el sangriento pasado que estos poetas habían conocido, no podemos sorprendernos si dejaron escapar un profundo suspiro cuando se cerraron en Roma las puertas del templo de Jano, las puertas de la guerra: era el año 29, y casi durante doscientos años habían estado abiertas, ensangrentadas.

Tenemos noticias, sin embargo, que nos aseguran que era ya antigua la intención de Virgilio de componer un poema épico. Afirman sus biógrafos (Servio, Donato) que ya antes de terminar las *Bucólicas* trató de cantar *reges et proelia*, y discuten si pensaba ya en Eneas o se trataría de una epopeya basada en la historia de los reyes de Alba. En todo caso, nuestro poeta abandonó pronto este proyecto, bien abrumado por la tarea, bien simplemente porque los tiempos de los neotéricos no animaban precisamente a los posibles autores de poemas épicos de altos vuelos. Un segundo dato sostiene esta vieja pretensión: parece que, cuando –en el 45– Julio César inaugura el templo dedicado a su antepasada Venus Génatrix, Virgilio habría asociado definitivamente los nombres de César y de Eneas; según Servio, a este César haría referencia el poeta en el libro I de su *Eneida* (286-296) y, por tanto, estos versos habrían sido compuestos,

quizá con algún otro fragmento, mucho antes que el resto del poema.

Es indiscutible, por último, que en el proemio del libro III de las *Geórgicas* Virgilio anuncia una futura obra, comparada en sus versos con un templo, que tendrá a César en el centro y al fondo las gestas troyanas. Y este César al que se refiere con el entusiasmo de los días de Accio, es ya Octaviano. Cuando termina su poema campesino, Virgilio se decide al fin a recoger la propuesta de Mecenas. Era el año 29 y hemos visto, sin embargo, cómo tres años después nada puede aún ofrecer a Augusto. ¿Qué obstaculizaba el trabajo del poeta? Quizá su intención primera estaba experimentando un cambio y su fina intuición poética le llevaba a desplazar la cámara, colocando al líder en un segundo plano, para que más destacase la tarea colectiva del pueblo romano, «el pueblo latino y los padres de Alba y de la alta Roma las murallas». Ahora bien, los días no eran fáciles, y no es raro pensar que en Virgilio se fuera enfriando el entusiasmo inicial; si a esto añadimos el que su amigo Cornelio Galo se quitó la vida el año 27, acusado de traición hacia la persona de Augusto, ¿no sería posible pensar en un cierto desengaño político del poeta?

Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas lavinias, sacudido por mar y por tierra por la violencia de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno, tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino [la ciudad y los padres albanos y de la alta Roma las murallas...